

La 3ª acepción del pesimismo

Ascanio Cavallo

RESUMEN

Un ciclo de pesimismo, semejante a otros que Chile ha vivido en el pasado, se ha instalado en el clima nacional por más de dos años. Una parte de ello se relaciona con el estancamiento de las cifras “duras” de la economía, que afectan las expectativas y la confianza; la otra puede atribuirse a la demora del gobierno en percibir que el problema de las señales era crítico para su gestión. En lugar de quejarse por el comportamiento empresarial, por lo demás previsible, el gobierno de Ricardo Lagos podría haber avanzado más rápido analizando cómo se configura ese mundo, cuál fue su origen y hacia dónde evoluciona hoy. Cuando el Ejecutivo parece haber rectificado la ambigüedad de sus señales iniciales, carece todavía de un horizonte estratégico, una definición que le permita, por ejemplo, impulsar el desarrollo de una “tercera generación” de empresarios desvinculada de las cargas ideológicas de las anteriores.

■ **Ascanio Cavallo** es periodista de la Universidad de Chile, crítico de cine y profesor de las universidades Diego Portales y Adolfo Ibáñez. Entre 1978 y 1986 trabajó en la revista *Hoy* y entre 1987 y 1995 fue fundador, miembro ejecutivo y luego director del diario *La Epoca*. En 1995 volvió a la revista *Hoy* para dirigirla hasta 1998, y más tarde se incorporó a la oficina de comunicación estratégica *Tironi | Asociados*. Es autor de 11 libros, entre los que figura “*La historia oculta del régimen militar*” (en coautoría con Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda). Actualmente es crítico de cine en *El Mercurio* y columnista político en *La Tercera*.

ASCANIO CAVALLO, Director de Tironi Asociados, Apoquindo 3721, of. 162, Las Condes, Santiago, Chile.

Fax: (562) 751 9598 Correo electrónico: ascanio.cavallo@tironiasociados.com

“Es tan llena de maldición aquella tierra, que en ciento y veinte leguas de este yermo que anduvieron, no se vio sitio ni aparejo para poblarse una choza”.

Diego de Almagro, 1536.¹

El Diccionario de la Real Academia Española define “pesimismo” en dos dimensiones, que se podrían denominar vertical y horizontal. Según la primera acepción –vertical, que atraviesa la historia desde sus superestructuras ideológicas–, la palabra designa al “sistema filosófico que consiste en atribuir al universo la mayor imperfección posible”. Este “sistema” no es uno solo, sino una larga y sinuosa tradición que se inicia, posiblemente, con Epicuro, que exterminó a los dioses y, por lo tanto, a las virtudes y el bien, para proclamar la reivindicación del placer como único fin del hombre.

De esa línea agnóstica se descuelga, más sombríamente, Arthur Schopenhauer, que en el siglo XIX divisaba la existencia como un largo túnel dominado por la voluntad ciega, y a veces depredatoria, del ser. Pero también sombríos, y hasta crueles, fueron Marx, que intuyó en la mecánica de la acumulación de capital el odio entre las clases; Freud, que vio surgir desde el sueño de la razón los monstruos del inconsciente; e incluso Milton Friedman, que vislumbró la codicia como un motor del progreso. Y a estos últimos nadie los llamó pesimistas.

La segunda acepción de la RAE –horizontal, democrática, ahistórica, adaptable a cualquier uso– describe lo “que propende a ver y juzgar las cosas por el lado más desfavorable”. Una forma de criticismo acerbo, amargante, corrosivo: sólo un lado, siempre el peor. La filosofía del anacoreta, la praxis del terrorista.

Cabe conjeturar que la RAE ha omitido una tercera acepción: la mecánica o la propensión al desánimo que se origina como respuesta o continuación de un estado de exaltación. El pesimismo ya no sería la inversión del optimismo en términos absolutos, sino más bien dialécticos y, por tanto, se necesitarían uno al otro. Esta definición, aparte de ser más dinámica, consideraría de igual modo al optimismo y al pesimismo como estados volubles, oportunistas, dependientes de algunas coyunturas y factores y significaría que, tanto en el espacio microsocioal como en el macrosocioal, quien no pueda transmitir optimismo comunicará, por defecto u omisión, algún grado de pesimismo.

Es posible que una definición de este tipo calce mejor con un pesimismo ciclotímico como el de Chile, donde sucesivas generaciones han sentido y vivido fenómenos encadenados de éxtasis y depresión, de gloria y derrota. Esa dialéctica forma parte activa del imaginario nacional y llegó a ser una pieza ideológica fundante en algunos de los más importantes eventos políticos del siglo XX. El gobierno de transición de Patricio Aylwin, por ejemplo, se inició con la voluntad de cerrar el ciclo de confrontación –con su depresión asociada– iniciado con la guerra civil de fines del siglo XIX.

La idea de un país que tuvo oportunidades gloriosas y que no alcanzó a aprovecharlas, no una, sino varias veces, es común a casi toda la historiografía y la ensayística nacional. Los espectros de la explosión exportadora de 1850 y de la riqueza salitrera dilapidada medio siglo después han circulado a

1 Citado por Gonzalo Fernández de Oviedo.

lo largo de varias cohortes generacionales. El más influyente estudio económico de la segunda mitad del siglo XX, el de Aníbal Pinto, describe a Chile como “un caso de desarrollo frustrado”, y hoy la frase “perder la oportunidad” se ha convertido en un eslogan y una amenaza arrojada en contra de políticos, autoridades y gobernantes.

Ya como producto de ese imaginario, ya de determinaciones geográficas y culturales inmemoriales, la sociedad chilena se ha caracterizado por acompañar la ciclotimia con un alto sentido de la inestabilidad, una sensación continua de que aún la bonanza, el éxito o la gloria son pasajeros, y que detrasito de ellos siempre viene, ya viene, la desgracia. Ese caminar por el filo, ese escepticismo con cara hipócrita, invierte el refrán: no hay bien que por mal no venga. Es el *leitmotiv* de una identidad que funciona por negación, no por afirmación: la nada antes que el ser.

“Esta tierra es tal, que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo; dígolo porque es muy llana, sanísima y de mucho contento”.

Pedro de Valdivia, 1545.²

¿Hay entonces en Chile una suerte de derrotismo endémico, una amarga resignación ante esa “inferioridad” que Francisco Antonio Encina usó para el título del ensayo fundacional sobre la economía nacional, una amargura que termina por sobreponerse a los breves momentos de expectativas incandescentes, un pesimismo de alcances ontológicos? ¿Es ese fatalismo un componente del carácter chileno, si es que esto existe?

Sospechosamente, estas preguntas se formulan sólo en períodos depresivos. En consonancia con la mecánica de los ciclos, los problemas de identidad parecen esfumarse en épocas de prosperidad. Los mitos locales se erigen en la opulencia. La crítica de los mitos, vigorosa e inteligente, florece a las puertas de la crisis. El más exitoso texto crítico de los últimos años, *Chile actual: Anatomía de un mito*, de Tomás Moulian, se publicó por primera vez en 1997 y ganó su gran popularidad al año siguiente, cuando se iniciaba la depresión. La literatura de enjuiciamiento más mordiente al modelo político, económico y social es aún posterior a esa fecha.

Antes de eso, en la mayor parte de los 90, los problemas de identidad nacional estuvieron relegados a grupos marginales, cuando no asistémicos. El triunfalismo asociado a las exportaciones, al crecimiento de 7% anual y a la transición pacífica parecía encandilar con su brillo la oscuridad de tales lucubraciones.

Incluso las advertencias procedentes del corazón del *establishment* eran vistas como excentricidades propias de sus autores, *boutades* con un cierto aire aguafiestas pero no demasiado serias. La prensa celebró como una humorada aquella ocasión en que el presidente del Banco Central, el muy serio Roberto Zahler, previno que el “tigre” de Sudamérica podía convertirse con cierta facilidad en un “gato” de desarrollo frustrado; y se tomó con liviandad la advertencia del dirigente opositor Andrés Allamand según la cual los chilenos se arriesgaban a ser “los argentinos del siglo 21”.

2 Carta al Emperador Carlos V, 4 de septiembre de 1545.

Por desgracia, al aire festivo de tan buenas frases no siguió un estudio medianamente empírico de cuánto de esto podía ser cierto. Varios años más tarde, cuando ya los empresarios y ejecutivos chilenos que se desplegaron por América Latina con ímpetu de conquista en los 80 y 90 habían cedido sus posiciones en el continente a los grandes consorcios multinacionales, las huellas se volvieron confusas y algo oscuras.

Pese a ser episódica y poco sistemática, la evidencia disponible muestra que esos empresarios y ejecutivos proyectaron una consistente imagen de eficiencia y experticia, e introdujeron formas de gestión altamente innovadoras. Pero para calificarlos se repiten también otras palabras: “prepotentes”, “abusadores”, “arrogantes”, “desconsiderados”.

El patrón de unos gestores encerrados en sí mismos, sin ninguna preocupación por su entorno social y político, incluso desdeñosos en su desinterés, obsesionados con los balances y empeñados en un estilo de negociación duro hasta la descortesía, se repite de un punto a otro de América Latina. En muchos lugares la palabra “chileno” migró en esos años desde un campo semántico positivo a uno negativo.

Un análisis sereno debería haber supuesto, ya entonces, que ese estilo ponía por sí mismo, sin necesidad de factores mayores, un techo corto a la expansión de la iniciativa nacional por el continente. ¿Cómo podría crecer un dirigente cualquiera sin creer mínimamente en el medio en que se desenvuelve, sin creer, digamos, en sus potencialidades y no sólo en su fragilidad explotable?

Un enfoque y otro marcarían la diferencia entre el hallazgo de oportunidades y el oportunismo. El espíritu emprendedor implica la capacidad de encontrar energías allí donde no son visibles, y hacerse parte constitutiva de ellas; no es exactamente lo contrario de la explotación, pero sí de la indiferencia; desde esta perspectiva, la empresa más grande de la historia no es ninguna transnacional de hoy, sino posiblemente la Conquista de América.

Así, de una manera no necesariamente consciente, las conductas imputadas a la mayoría de los gestores chilenos en América Latina reflejarían una profunda falta de convicción en el espíritu de empresa, o, dicho de otra manera, una visión de plazos cortos en cuya base se hallarían las ganancias fulminantes y la perspectiva final –aunque cercana– de la venta.

Pero se puede imaginar que si alguien hubiese enunciado semejante conclusión a comienzos de los 90, habría sido motejado como un pesimista irremisible.

Se necesitó la cabalgata de la crisis para que esa conclusión fuese refrendada por el *establishment*. Cuando el presidente de la Sofofa, Felipe Lamarca, acusó a los empresarios nacionales de estarse transformando en “rentistas”, ya se había abatido sobre el país un nuevo ciclo sombrío, un nuevo período de crisis y de desaliento.

“Es un disparate buscar la felicidad en este mundo. Pero si se puede buscar algo semejante a la felicidad, está en Chile”.

Manuel de Salas, 1774.³

La ola de pesimismo que recorre Chile cumple ya más de dos años. Hoy, su presencia se siente en las grandes ciudades, donde el desempleo, levantado cerca del 9%, moviliza una pesada cadena de pobreza, desánimo y derrotismo; y se siente con mayor fuerza en muchas regiones, donde la ausencia de proyectos no estatales arroja sombras a las que sus habitantes se habían desacostumbrado en los últimos años. Si Santiago parece invadido por el fatalismo, hay que ver lo que ocurre fuera de sus enormes fronteras.

Esta pesadumbre no es una mera impresión. Una encuesta del Centro de Estudios Públicos realizada entre noviembre y diciembre del 2000 mostró que el 58% consideraba entonces que la situación económica del país era mala o muy mala. Un 53% declaraba al país estancado y mientras disminuyeron en nueve puntos los que creían que su situación personal sería mejor, aumentaron en 12 los que creían que estarían más mal.

Parece ser que el bimestre en que el CEP realizó su estudio fue el peor del año 2000 en términos de pesimismo. Eso es lo que sugiere otro indicador, el IPEC (Índice de Percepciones Económicas), desarrollado por el espíritu inquisitivo de Roberto Méndez en Adimark. Este instrumento ha logrado objetivar lo subjetivo y darle comparabilidad en una serie de más de 20 años. Aunque sus muestras son trimestrales (y no bimestrales), el IPEC coincide en registrar, justamente en los últimos meses del 2000, la depresión más aguda de las expectativas desde la década del 80.

La principal virtud de este índice es que se ha anticipado consistentemente a los indicadores más “duros” (Imacec, ventas, empleo), que por su propia naturaleza llevan un importante desfase. Es una especie de demostración adicional de que las percepciones subjetivas están ancladas en bases reales y, al mismo tiempo, movilizan a la realidad en determinada dirección. Hoy parece de perogrullo que las expectativas forman parte del escenario de un modo tan relevante como otras cuentas. Pero los gobiernos y los políticos suelen enojarse cuando ellas no coinciden con sus propósitos, como si se tratase de una injusticia y no de un dato.

La serie del IPEC muestra con nitidez que tras la ráfaga de euforia que vivió Chile entre fines de 1990 y 1997, se ha producido una caída en picada por debajo de la media de optimismo de los últimos 20 años. Desde fines de 1997 hasta ahora, el IPEC ha registrado sólo caídas, con una excepción relevante: la del trimestre que culminó en marzo del 2000, cuando un repunte de casi 20 puntos pudo hacer creer que el país se encaminaba hacia un nuevo período de luminosidad.

Esa sorprendente alza coincide casi exactamente con el período que se extendió entre la segunda vuelta de la elección presidencial y el momento de la asunción del Presidente Ricardo Lagos. En otras palabras, con el período en que las promesas y los estilos exhibidos después de la primera vuelta alcanzaban su culminación en el ascenso de un nuevo Jefe de Estado.

3 Carta a José Antonio Rojas, 2 de diciembre de 1774.

En lo sucesivo, el índice no hizo más que caer [ver gráfico]. Si se quisiera entender que las expectativas forman parte del “período de gracia” que los ciudadanos dan a sus nuevos gobernantes, entonces Lagos no tuvo ni siquiera los cien días que la tradición supone.⁴

“Aquí todo está quieto, porque cada uno hace lo que quiere y nadie se inclina a dar puñaladas ni hacen tumultos. Es admirable el carácter de Chile”.

Juan Egaña, 1827.⁵

¿Se puede explicar esa caída sólo a partir de la mantención de las condiciones objetivas de la economía, que razonablemente no podían cambiar en unos cuantos días? Es claro que no. Aunque se ha demostrado que las expectativas tienen componentes racionales e irracionales (o de calidad de información, según la teoría de Robert Lucas) en proporción variable, y por lo tanto siempre es posible que grupos de personas desarrollen expectativas “milagrosas” en torno a un cambio de gobierno, el equilibrio de los factores racionales impide variaciones tan bruscas. A menos, claro está, que las señales del ambiente alienten tal volatilidad. Ese equilibrio racional es parte de lo que en Chile llamamos “período de gracia”. Pero para el gobierno de Lagos no existió con posterioridad a su asunción, sino *antes* de ella. ¿Por qué?

Una interpretación posible, no ideológica y nada radical, conduce a suponer que las explicaciones no se hallan en los datos, sino en los indicios. Esta versión podría formularse así: el gobierno no retuvo *después* de su asunción los atributos que habían estimulado las percepciones positivas *antes* de que lo hiciera. En otras palabras, no proyectó una decisión de mantener el rumbo con que ganó en la segunda vuelta. Es un hecho cierto que esa decisión no existía, pero el índice parece demostrar que tal ausencia fue además percibida por los ciudadanos, o proyectada hacia ellos.

El gobierno no captó entonces –y no vino, según me parece, a captar sino hasta hace muy poco– el dramatismo que en su caso particular representa este tipo de vacilaciones e indefiniciones. Por razones comprensibles, es un gobierno que no ha querido aceptar la fragilidad con que nació. Se ha negado a ver su fracaso en la primera vuelta electoral como una *capiti diminutio*, a pesar de que una victoria en segunda ronda no había ocurrido nunca en la historia de Chile.

No sólo esto. Como efecto de ese mismo fracaso inicial, es un gobierno que nació sin programa. Esto era completamente evidente en sus primeros días, pero el Ejecutivo hizo como si no se notara y,

4 En el último trimestre que consigna, el primero del 2001, el IPEC muestra una recuperación de seis puntos, y el propio Roberto Méndez se ha sentido con base para interpretar que este resultado supone un “cambio de tendencia”. Esto aparece avalado por el hecho de que, a pesar de las percepciones negativas sobre el país, un 50,1% declara que su situación económica personal actual es positiva, y por el aumento de las personas que creen que el desempleo se mantendrá igual, aparentemente aceptando la pérdida que supone esa idea. En contraste, un 85% estima que su familia no adquirirá este año ningún bien importante, lo que amenaza con mantener la temida depresión de la demanda.

5 Carta a su hijo Mariano, 23 de julio de 1827.

lo que quizás es peor, no ofreció ninguna señal de que construiría un programa nuevo en consonancia con el resultado de unas elecciones en las que la mitad del país lo había rechazado. Por tanto, se quedó también sin dirección estratégica.

El estilo de gestión ha sido coherente con esa liquidez programática y con la informalidad producida por la superposición de equipos y visiones diferentes tanto en la campaña como en la constitución de los equipos ejecutivos. En paralelo con el gabinete de ministros, se instaló una malla de asesores cuya cercanía con el Presidente es percibida como mayor que la de sus secretarios de Estado, que tiende a competir con ellos y que ha quebrado la formalidad tradicional de los roles dentro del Poder Ejecutivo.

Y todo esto ocurrió, por añadidura, en el más desfavorable de los contextos, cuando la depresión económica cumplía ya dos años y el desempleo mostraba una resistencia tal que, como anticipara el ingeniero Eduardo Engel, sólo cabía asumir que la presión por nuevas eficiencias estaba eliminando puestos de trabajo en forma mucho más permanente que lo imaginado.

Ni el gobierno ni el conglomerado que lo sustenta, la Concertación, tomaron en cuenta este cuadro para adaptar sus filas y estrategias. Como consecuencia de ello, la alianza gobernante obtuvo una pobrísima eficiencia de votos en las elecciones municipales del 2000 y expone seriamente su débil mayoría en las parlamentarias del 2001.

Lo que es peor: todas las encuestas recientes, con diversas metodologías y alcances, marcan sin excepción una caída del prestigio personal del Presidente. El deterioro más severo aparece cuando se pregunta si el Presidente ha hecho lo que se esperaba de él. Los altos porcentajes negativos en estas respuestas no admiten dos lecturas: parte sustantiva de las expectativas no han sido satisfechas. Han sido defraudadas.

“El chileno está dotado de un espíritu más bien reflexivo que brillante, salvo algunas excepciones; le gusta pensar antes de responder, y se deja raras veces sorprender o arrastrar por las ideas deslumbradoras cuyo alcance o conveniencia no puede apreciar”.

Vicente Pérez Rosales, 1857.⁶

Ya forma parte del diagnóstico general la idea de que en la Concertación conviven “dos almas”, a las que se ha caracterizado de diversas maneras, aunque en todos los casos se trata de visiones que atraviesan los grandes temas de la economía y la sociedad. Si el énfasis es político, se habla de “autocomplacientes” y “autoflagelantes”; si el énfasis es económico, la división es entre “neoliberales” y “neokeynesianos” o “estructuralistas”; y si el acento es de tipo social, se describe a unos como “individualistas” y a otros como “asistencialistas”.

6 Ensayo sobre Chile, Hamburgo, 1857.

Es inoficioso debatir de dónde emergió esta divergencia. Se trata de un fenómeno normal en cualquier coalición, y todavía más en una integrada por partidos que en sí mismos se han desarrollado como minicoaliciones, a lo largo de un proceso que hunde sus raíces muy al fondo de la historia republicana, como ya notó el mismo Aníbal Pinto.

Tampoco es útil, ni inteligente, discutir la extensión de las discrepancias: siempre habrá un contingente que se sienta más a gusto entre las visiones confrontadas, compartiendo sólo algunos elementos de cada una; algunos podrán incluso medrar en el interregno. Lo que ningún miembro de la Concertación puede negar ahora es que algunas de sus figuras son más confiables que otras para quienes están fuera de ella, ya sea por la oposición de izquierda, ya sea por la de derecha.

Sin embargo, es visible que la iniciativa política más agresiva la han llevado los llamados “autocomplacientes” o “liberales”. Pero no sólo porque inauguraron el debate con su famoso documento-manifiesto de 1998, sino sobre todo porque propusieron una visión según la cual la transición no fue (no ha sido) un fenómeno meramente político, sino uno sistémico. Las limitaciones objetivas del proceso iniciado tras la caída del general Augusto Pinochet no serían, desde este punto de vista, una rémora inhabilitante, sino un componente estructural del mismo.

Este planteamiento ha desafiado, por ya varios años, la *malaise* que diversos sectores del oficialismo expresan episódicamente con el resultado de su década de gobierno. Peor aún, ha constituido un reiterado emplazamiento a las autoridades en cuanto a sus opciones políticas, y un reto a su capacidad de defender decisiones de impacto estructural, aun cuando algunos de sus efectos no le resulten simpáticos.

A la inversa, la tendencia “autoflagelante” o “neokeynesiana” ha reaccionado desdeñando la importancia del debate, primero, y desestructuralizando sus supuestos, luego. Su premisa es que la transición pudo incluir un traspaso más integral del poder; las limitaciones que presentaba no eran estructurales, pudieron ser superadas antes, y fue una debilidad de los dirigentes de la Concertación en ese entonces no encararlas con más firmeza. Y esto significa que tales limitaciones deben ser imperiosamente superadas ahora, con un nuevo enfoque que introduciría cambios benéficos en una sociedad cercada por muchos males, especialmente psicológicos y valóricos.

Es un punto de vista usualmente retrospectivo que, en el momento de rechazar los efectos menos deseables del modelo de desarrollo, tiende a emplear ejemplos y argumentos de corte moral. Su blanco favorito de criticismo es “la medida de lo posible”, aquella frase con que Patricio Aylwin describió la naturaleza de un proceso de transición, en realidad de cualquiera que se llamase de ese modo. Para la visión “autoflagelante”, “lo posible” equivale a conformismo, capitulación, renuncia, y huele incluso a complicidad.

Esta acusación, abierta o velada, endulzada o endurecida, tiene consecuencias mucho más extensas de lo que sus promotores suelen aceptar. Pero sería hipócrita desconocer que ella recae sobre una parte sustantiva de la Concertación: cuando menos, sobre todos aquellos que formaron parte de sus dos gobiernos anteriores. En consecuencia, está necesariamente más cerca del criticismo externo a la coalición que de sus propios miembros; es una fuerza centrífuga.

Por ello, cuando se inició el debate entre estas dos posiciones, el Presidente de entonces, Eduardo Frei Ruiz-Tagle, entendió que no podía soslayarlo y simpatizó sin dudar con la primera. No podía ser de otro modo. Cuatro de los seis años de su gestión fueron los de mejores resultados de la historia económica de Chile, y los de más encumbradas expectativas personales.

Que la crisis de sus últimos dos años alentara el debate sobre las bases del modelo suponía poner en entredicho ese éxito sin precedentes; y si Frei podía aceptar que el término de su mandato fuese ensombrecido por el desempleo y el desánimo, no toleraría en cambio que su gobierno entero fuese juzgado en la historia por ese tropiezo tardío.

Frei se resignó, en su recta final, a ser él mismo el más notorio objeto de sarcasmo y minusvaloración, casi como una válvula para el desaliento galopante. Lo notable es que ese criticismo no nacía en la oposición, que más bien temblaba ante su virtual recuperación, sino en el oficialismo, que había llegado a diagnosticar que el cambio de un estilo de liderazgo tecnocrático (Frei) a uno político (Lagos) pondría atajo al desánimo.

Esa era otra ilusión más, por supuesto. Y el debate en el que Frei había tomado decididamente su opción, le cayó a Lagos sin deseo ni permiso, y con crisis desbocada: ¿podría el modelo execrado superarla, o podría hacerlo el modelo corregido, rectificado, expurgado de sus consecuencias más amargas?

“Me parece que no somos felices. Se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones”.

Enrique McIver, 1900.⁷

Por razones históricas, políticas y personales, el Presidente Lagos tendría que estar más cerca de la visión “nekeynesiana” que de la “liberal”. Algo de esto se desliza bajo su reiterado rechazo a la existencia de una diversidad de visiones.

En buena medida el suyo ha sido un rechazo a la provocación “liberal”. Pero también es algo que se relaciona con su propia autonomía, un estilo que se preocupó de subrayar haciendo públicas algunas de sus discrepancias aun cuando era ministro en los dos gobiernos anteriores.

Así, el Ejecutivo se ha empeñado en negar la existencia de las “dos almas”, o, cuando menos, de soslayarla como si se tratara de excesos intelectuales. Se ha propuesto, además, ignorar las consecuencias políticas de la confrontación de posiciones, a pesar de que ésta ha sido, a lo largo de todo su primer año, una importante fuente de ruptura de las lealtades internas y una zona crítica de roce entre los funcionarios del gobierno y los parlamentarios y dirigentes partidarios.

7 Discurso en el Ateneo de Santiago, 1º de agosto de 1900.

Una consecuencia “positiva” de esa negación es que el Presidente, y también el gobierno (en menor medida), conservan el apoyo de una coalición amplia, aunque ésta se muestre hoy menos unida conceptualmente que en torno al ejercicio del poder.

La otra consecuencia es que se ha generalizado la percepción de que el Presidente no desea ejercer su autoridad para producir un desempate entre las tendencias en pugna; incluso es probable que, con su característica sofisticación intelectual, divise sus zonas de complementariedad, fuera de la obvia necesidad de no prescindir de ningún fragmento de su base política.

Sin embargo, un resultado práctico de esa indefinición es la reproducción de conflictos de poder fragmentados en diversas reparticiones del gobierno. Se puede creer que, por su diversidad de tipos y materias, tales conflictos son aislados.

Sin embargo, esta apariencia puede ser un peligroso engaño. La ausencia de un programa orgánico, de una dirección definida y de un conjunto de ideas-fuerza tiende a producir normalmente esta clase de fenómenos: cualquier posición de poder adquiere un carácter feudal y quien la tiene busca administrarla generando lealtades para el conjunto menor, no para el conjunto mayor, del cual no se siente nítidamente como parte.

El segundo resultado práctico, y quizás el más importante, es el que entregan las encuestas recientes: la confianza en el Presidente ha sufrido una merma y se ha producido un aumento de la decepción.

Se puede argumentar que es excesivo atribuir el deterioro de la imagen presidencial a la mera presencia de una tensión no resuelta. Quizás esto sea cierto, pero también lo es el razonamiento inverso: la indefinición, cuando menos, no ha ayudado a mejorar la opinión popular.

“De económicos, casi avaros, hemos pasado a manirrotos; de modestos a ostentosos y fatuos; de fanáticos a incrédulos y escépticos”.

Alberto Cabero, 1926.⁸

Administrar la lealtad de facciones discrepantes y grupos de intereses diversos no es tarea sencilla; supone, en primer lugar, reconocer el hecho y, luego, establecer los estímulos para evitar el desbande. De estos últimos, dos parecen indispensables: un horizonte, o una meta, que represente la frontera entre el éxito y el fracaso; y una amenaza que pueda impedir el cruce de esa frontera.

En el inicio de su gobierno, Lagos creó la meta, aunque la situó bastante más allá de los límites de su período; propuso aspirar a que Chile sea un país desarrollado para el 2010, el segundo centenario de la Independencia. En términos de ingreso per cápita, esto supone duplicar el actual, que se acerca a los cinco mil dólares, para superar los diez mil. La consecuencia de esto debió ser una declaración de

8 “Chile y los chilenos”, Imprenta Cervantes, 1926.

guerra contra todos los elementos que amenazarán ese proyecto, lo que es muy parecido a definir una estrategia para lograrlo. Pero esa estrategia, una vez más, sigue ausente.

Por alguna razón, más atávica que práctica, gran parte del gobierno y la coalición que lo sustenta se han empeñado en suponer que la amenaza mayor la representa la oposición, a pesar de que resulta obvio que la magnitud de la meta es muy superior al esfuerzo en que hoy se halla empeñada la derecha, que es alcanzar la mayoría electoral.

Las únicas posibilidades de éxito del gobierno de Lagos radican en aproximarse a su propio objetivo, pero es visible que hasta ahora no ha podido escapar al principal cepo que le ha tendido la oposición, la medición electoral. Acaso porque nació con la zozobra del voto, es un gobierno que durante más de un año ha sido víctima de esa desproporción entre meta y amenaza: grandes ilusiones versus batallas menores, impulso de corte versus práctica de aldea.

En realidad, el objetivo fijado por el Presidente es de una magnitud tal, que se mueve entre la épica y la demagogia.

Para escapar de esta segunda sospecha, no podía contar, obviamente, con hechos concretos, al menos en la primera parte de su período. Lo que podía suplirlos era la fortaleza irredargüible, inequívoca, de las señales. Esto tiene poco *charme* histórico y se aviene mal con las tradiciones más apegadas a los medios de producción que a los factores sicosociales.

Pero si hubiese buscado la coherencia entre la magnitud del proyecto y las condiciones objetivas que afrontaba, el gobierno tendría que haber apuntado primero, no a las transformaciones materiales, sino a la transformación de las expectativas.

No ha sido así. El zigzagueante tránsito del proyecto de reformas laborales es un paradigma de la lucha entre cambios materiales y nuevas expectativas; también las proyecciones equivocadas de empleo y crecimiento, cuyas sucesivas revisiones a la baja sugieren que el gobierno confió más de la cuenta en cierto automatismo de la economía. En lugar de avanzar hacia los diez mil dólares, ese automatismo parecía tener la marcha en reversa, y las medidas anunciadas en abril por el ministro Nicolás Eyzaguirre semejaron un reconocimiento –aunque fuese algo tardío– de que tal confianza era inconducente. La más reciente expresión de ese “aterrizaje forzado” se halla en el Mensaje del pasado 21 de mayo, aunque no bajo la forma de innovaciones, sino de una intervención más activa del Estado –la modalidad, por así llamarla, tradicional.

Por supuesto, es un asunto de énfasis. Tampoco era posible que el gobierno se inmovilizara y se dedicara a puras operaciones de semiología. Pero, dado el panorama en que asumió, lo único que Lagos no podía desatender eran las esperanzas de crecimiento.

Si, como suponía Keynes, las expectativas son procesadas también por las experiencias del pasado, enfrentar exitosamente una crisis supone quebrar el ciclo del pesimismo en su tercera acepción, asegurando que las experiencias del pasado no se repetirán.

“Chile es un país irónico y descontentadizo. Su burla es inmóvil y penetrante. Siempre quiere nivelar y desconoce los méritos. Su espíritu crítico es negativo; tiene mala memoria y su desconfianza cazarra hiela los mejores intentos”.

Domingo Melfi, 1935.⁹

La depresión económica más cercana, la que se inició a mediados de 1981, tuvo expresiones sorprendentemente parecidas a la actual, pese a que su profundidad fue mucho mayor. En 1982, cuando los pronósticos más negativos preveían un crecimiento de un 2%, el PIB registró una cifra negativa de -14,1%, una de las caídas más violentas de la historia. Al final de ese año, el IPEC, que ya existía, ubicó las expectativas en un 1,3% de optimismo, probablemente el nivel más hondo al que sea posible llegar.

La crisis golpeó a un gobierno que disponía de la mayor batería de recursos represivos que jamás se haya organizado en Chile; ninguna de esas herramientas pudo impedir que se generara en torno al *crack* económico un campo de inestabilidad política y social que se extendió por más de tres años.

Es posible que resulte algo chocante caracterizar a una dictadura como un régimen de coalición, a pesar de que un concepto designa la estructura organizativa y el otro la *constituency*. Pero es un hecho que en el gobierno de Pinochet convivían dos visiones que no zanjaron sus diferencias en el inicio, en los 70, y que las mantuvieron hasta la propia agonía del régimen.

A comienzos de los 80, los cuadros neoliberales se habían tomado los principales cargos económicos –Hacienda, Banco Central, el entonces estratégico Odeplan y la Asesoría Presidencial–, pero enfrentaban una resistencia tenaz y a veces abierta por parte de los sectores de corte “nacionalista” y de ciertos grupos militares adiestrados en la doctrina de un Estado fuerte.

El general Pinochet enfrentó la crisis financiera que se inició en 1981 en un mar de vacilaciones. Entre 1982 y 1985 cambió cinco veces a los ministros de Hacienda y Economía, y a lo menos en tres de esos momentos eligió orientaciones divergentes y contradictorias. Además, buscó equilibrar la influencia de los dos sectores principales –los neoliberales y los proteccionistas– poniendo a una figura de cada facción en otros cargos claves, como Odeplan, el Banco Central y las subsecretarías. Para combatir un desempleo que llegó al 23,7% en el momento más agudo, generó planes de urgencia administrados por los municipios, pero su eficacia social y política fue de tal manera nula, que fueron suspendidos antes de que las cifras cedieran.

Mientras conservó la ambigüedad acerca del rumbo que preveía para el país en los años siguientes, Pinochet no logró detener la crisis. Por el contrario, es posible que haya contribuido a profundizarla, o al menos a prolongarla, mientras al mismo tiempo se veía arrinconado por el agresivo resurgimiento de la oposición y por un gigantesco estado de agitación social expresado en frecuentes y violentas protestas poblacionales.

9 “Indecisión y desengaño de la juventud”, Editorial Nascimento, 1935.

Sólo cuando designó en Hacienda a Hernán Büchi, antiguo discípulo de los *Chicago boys*, y al equipo de línea similar que lo rodearía, el régimen militar recuperó, en forma casi simultánea, el crecimiento y las expectativas.

Es un hecho notable que el IPEC registre un alza continua del optimismo a partir de ese punto, a pesar de que entre 1985 y 1987 se vivieron algunos de los hechos más violentos de la década, incluyendo varias protestas masivas, el intento de magnicidio contra Pinochet y la internación masiva de armas en el Norte Grande, todos ellos esfuerzos inequívocos por jaquear al régimen. ¿Conclusión? Las expectativas son notablemente resistentes al voluntarismo político; no se dejan modificar fácilmente, ni por la audacia ni por el efectismo.

Por supuesto, la descripción anterior no quiere decir que sólo la inclinación por la facción neoliberal podía retomar el crecimiento y dar nueva estabilidad al gobierno.

Lo que quiere decir es: 1) que lo que la economía necesitaba era, en primer lugar, señales claras, inequívocas, traslúcidas, cualquiera fuese su sentido; 2) que, no obstante, dichas señales tenían una restricción histórica, esto es, que no podían apuntar en una dirección contraria a la que el gobierno había seguido en su pasado reciente; un Pinochet inclinado hacia el populismo o, menos que eso, al asistencialismo estatal, era incompatible no sólo con la base política que lo apoyaba, sino con el modelo económico-social que había consolidado y con la manera en que éste impactaba sobre las expectativas de los individuos; y 3) que para quebrar el ciclo del pesimismo no eran suficientes las medidas sectoriales, sino que se necesitaba un tipo de decisión que permitiese vislumbrar (y después producir) un cambio social de gran envergadura, que abriese una nueva fase histórica.

“Cada chileno es un pozo de contradicciones y de valores encontrados: nunca se vio a otro pueblo cuya escala de valores morales y psicológicos sea tan difícil de establecer”.

Benjamín Subercaseaux, 1940.¹⁰

El repunte de la depresión de comienzos de los 80 fue sorprendentemente rápido a partir de 1985. Lo explica, en la mayor proporción, un mecanismo que a la distancia parece demasiado expedito: la privatización de las grandes empresas del Estado.

El tiempo ha hecho olvidar que esa decisión supuso un fuerte golpe de timón en la dirección de la coalición dictatorial y fue realizada en medio de resistencias internas nada menores. No pocas de las remociones en la jerarquía militar en los años siguientes tuvieron origen en esta pugna.

La única excepción importante a la *razzia* privatizadora, la mantención de Codelco en manos del Estado, no tuvo nada que ver con la lógica económica impuesta en ese período; por el contrario, es un residuo de la lucha dentro del régimen, y, de no ser porque las Fuerzas Armadas visualizaron allí el

¹⁰ “Chile, una loca geografía”, Editorial Nascimento, 1940.

modo de afrontar las cuantiosas deudas derivadas de la compra triangulada de armamentos durante la crisis con Argentina, habría entrado sin vacilación en el torrente de transferencias.

Todavía más significativo es el hecho de que quienes aprovecharon la “oportunidad” desatada en ese instante no fueron los empresarios tradicionales, que en su mayoría conservaron una distancia escéptica ante el proceso, sino los profesionales y ejecutivos que, en calidad de funcionarios, contribuyeron a diseñar desde el mismo gobierno la transformación decisiva de esa década. En el extremo más grotesco, los bancos de mayor tamaño intervenidos en el apogeo de la crisis quedaron en manos de los interventores estatales, que pasaron a ser gestores privados por arte de birlibirloque; en el menos visible, las grandes empresas de servicios básicos fueron liquidadas mediante fórmulas de “capitalismo popular” que en menos de un lustro habían sido licuadas por sus propios administradores.

En forma sistemática (¿de nuevo atávica?), el oficialismo de los 90 se ha limitado a analizar este proceso desde una perspectiva ética. Sin embargo, el mismo juicio ético acerca de los procedimientos tendría que incorporar el hecho de que la Concertación renunció expresamente a revertir el proceso, e incluso a darle revisión judicial, en una decisión en la que participaron con igual disciplina “autocomplacientes” y “autoflagelantes”. Los criterios morales no caducan, pero se tornan mera retórica si no son aplicados en forma oportuna.

Con todo, una cosa es el juicio ético y otra el análisis de los efectos. Y para este último lo relevante es que este proceso supuso una movilización tan gigantesca de activos y capitales, que objetivamente echó a andar la maquinaria de una economía hasta entonces aherrojada por las balanzas comerciales y los déficit fiscales.

Y, lo que quizás es decisivo, significó la emergencia de una nueva generación empresarial que tenía muy poco que ver con las tradicionales.

¿Cómo? Aunque en apariencia siguiesen una misma dirección, las privatizaciones de los 80 tuvieron muy poco que ver con las de la ola anterior del mismo régimen.

Las de mediados de los años 70 fueron meras devoluciones de empresas estatizadas a sus antiguos dueños, es decir, formas de restauración del orden de propiedad y de clases (y a veces *vendettas* contra la alteración anterior). Sus beneficiados fueron, esencialmente, agricultores, industriales y banqueros de la vieja hornada, aquellos desarrollados en la economía de la sustitución de importaciones y del Estado protector, ese Estado que de pronto, cambiado el signo del gobierno, los había mordido, herido y expoliado en forma casi incomprensible.

Las de los 80 implicaron el desmantelamiento de ese mismo Estado en lo más extenso de su función empresarial, es decir, en una proporción sustancial de sus activos. Los antiguos agricultores e industriales no estaban disponibles para esa operación; tenían rencor hacia un aparato que inopinadamente se les había vuelto hostil, pero eran también hijos de él. No concebían que las grandes represas construidas después de los 40, las enormes fundiciones, las usinas inmensas y las gigantescas redes de cables pudiesen entrar de sopetón al dominio privado.

Las privatizaciones de la era Büchi envolvieron, pues, cambios estructurales en la economía y en la sociedad. Originaron todo un liderazgo nuevo en el modelo de desarrollo: un estamento dirigente que entraba a escena con otra mirada sobre las oportunidades internas y externas y sobre las posibilidades de crecimiento.

Y marcaron el ocaso de un modelo empresarial y la emergencia de otro, una clase nueva que fue la que encabezó, para bien y para mal, el crecimiento del Producto hasta bien avanzados los años 90. En otras palabras, tuvieron un impacto verdaderamente revolucionario.

“Frutos del árbol chileno son el roto, el pije, el ejército, el nacismo, el socialismo, la milicia, el pechoñismo, el deporte, la prostitución. ¿No sería mejor pasear una mirada comprensiva y de conjunto sobre ese mar de valores?”.

Joaquín Edwards Bello, 1968.¹¹

¿Una “nueva clase”? ¿Qué significa, cómo se mide la emergencia de una nueva clase en el poder económico? Esta discusión no ha sido resuelta en forma satisfactoria.

Por tanto, se puede admitir la importancia de algunos datos aparentemente pueriles. Para ello es preciso sacar del cuadro a las fortunas familiares que han logrado subsistir por varias generaciones y que incluso han conseguido posiciones preeminentes a pesar del empuje de la “nueva clase”. No es ingenuo presumir que esas fortunas han sufrido y sufrirán todavía ciclos de auge y descenso similares, aunque no sincrónicos, a los del país. Cosa distinta es una “nueva clase”.

Bruno Philippi, estratega eminente de la privatización de la energía y más tarde uno de sus empresarios más destacados, tenía, al iniciarse el proceso de venta de las empresas estatales (en 1985), 41 años. Su contraparte más destacada, y luego adversario, el efímero “zar de la electricidad”, José Yuraszeck, 34. Uno nació en 1944, el otro en 1951.

En los siete años que los separan, nació una parte muy significativa de los empresarios y ejecutivos que aprovecharon las oportunidades del último quinquenio del régimen de Pinochet y que en el primero de la democracia generaban un altísimo porcentaje del PIB. Al asumir el gobierno de Patricio Aylwin, esos individuos tenían entre 39 y 46 años.¹²

En otras palabras, estaban en el cenit de sus capacidades imaginativas y creativas. Disponían además de otras dos condiciones: la experiencia suficiente para hacerse cargo de grandes proyectos, y una audacia financiera que desbordaba con amplitud los melindrosos límites psicológicos de sus antecesores. El gobierno de Pinochet les puso a disposición la más colosal herramienta jamás entregada en la historia de Chile: el grupo de megaempresas levantado durante los cuarenta años anteriores de Estado desarrollista. Ninguna otra generación tuvo antes –ni tendrá de nuevo, probablemente– semejante oportunidad. ¿Ninguna otra habría podido tampoco aprovecharla tan bien?

Para esta interrogante no hay respuesta. Lo cierto es que al iniciarse el siglo XXI, esa generación está ya por sobre los 50 años y, en algunos casos, acercándose a los 60. Muchos de ellos conservan el

¹¹ “Nacionalismo continental”, Editorial Zig-Zag, 1968.

¹² Una muestra no exhaustiva: Alfredo Andonje (†), Félix Bacigalupo, Hernán Büchi, Juan Claro, Martín Costabal, Carlos Alberto Délano, Alvaro Donoso, Juan Antonio Guzmán, Juan Hurtado Vicuña, Andrés Navarro, Juan Obach, Bruno Philippi, Sebastián Piñera, Miguel Ángel Poduje, Julio Ponce Lerou, Alvaro Saieh, Ernesto Silva Bafalluy y José Yuraszeck.

instinto aguiláceo para los negocios, pero han abandonado la cansadora búsqueda de nuevas oportunidades en aras de una vida más apacible, con pocas horas de trabajo diario y mucho tiempo entregado a *jolie vivre*. Se los halla, en las mañanas, en los gimnasios y en los clubes de elite; en las tardes, en los restaurantes caros, donde las largas sobremesas les sirven para protestar contra el estancamiento del país.

Cuando Lamarca los llamó “rentistas”, ¿estaría consciente de la inusitada profundidad de la metáfora?

“El chileno es (...) de tipo constitucional equilibrado, con ligero predominio de la endomorfia y de la viscerotonía, es decir que en su físico predominan, en términos relativos, las estructuras digestivas, el aspecto redondeado y la tendencia a engordar y, en su temperamento, la preocupación por los afectos y la sujeción a la buena voluntad de los demás”.

Mimí Marinovic y Víctor Jadresic, 1977.¹³

Al momento de inaugurarse el gobierno de Ricardo Lagos, prácticamente ninguna de las grandes empresas privatizadas en los 80 permanecía en manos de sus gestores originales. La casi totalidad había sido vendida a grandes consorcios multinacionales, usualmente con buenos precios; incluso las entidades de apariencia más doméstica, como los fondos de pensiones, tan pegados a la realidad de los trabajadores locales, habían sido en su mayoría transferidos a grupos financieros europeos y norteamericanos.

En su abrumadora mayoría, el empresariado chileno, activo o en posición de “rentista”, fue adverso a la candidatura de Ricardo Lagos y alcanzó a entusiasmarse con el batatazo electoral de Joaquín Lavín. Este mismo empresariado apoyó antes las candidaturas de Pinochet, de Hernán Büchi y (con muchas más dudas) de Arturo Alessandri. Lleva más de una década de derrotas políticas. Le frustró que Lavín no ganara la segunda vuelta. Tiene sesgo ideológico. Es de derecha.

¿Y bien? ¿Es esto novedoso? ¿Alguien puede extrañarse? Una de sus generaciones, la más antigua, recuperó con un régimen de derechismo recalcitrante sus bienes enajenados; la otra nació gracias a él. ¿Debían ser de otra manera?

El gobierno, sin embargo, ha mostrado una permanente irritación con todo esto: otra vez, como si fuera una injusticia, y no un hecho predecible, un dato de la causa. Este empresariado, se repite con enojo en palacio, habría actuado de otro modo con Lavín. Por supuesto. También Lavín habría actuado de otro modo con él. Ese es el tipo de disyuntiva que resuelven las elecciones; lo que corresponde después de ellas es atenerse a la realidad.

Esa realidad incluye, entre otras cosas, que Lagos es un gobernante proveniente de la izquierda, el primero después del período traumático de Salvador Allende, con historial socialista, al frente de una coalición cuyas banderas excluyen la riqueza y detrás de un eslogan (“crecer con igualdad”) cuyo

13 “Sicología del chileno”, Ediciones Aconcagua, 1977.

sentido resulta ambiguo en años de vacas flacas. En realidad, que los empresarios tuvieran confianza a priori en el gobierno de Lagos no sería un cambio cultural, sino un milagro.

Esto no es todo. De las dos generaciones más notorias del empresariado local, la más antigua y tradicional convivió siempre mejor con la economía cerrada, arancelaria y regulatoria, la economía del “producto chileno” y de la Aduana protectora.

La otra, la que nació de las privatizaciones de la era Büchi, ha retrocedido como producto de su jubilación anticipada, pero también de una globalización cuya fuerza no ha podido combatir, desde luego que por razones financieras, pero también de equipamiento psicológico: los agresivos gestores de los 80 tenían capacidad para romper las fronteras domésticas, pero no las regionales, que implican otra clase de riesgos. De esa generación, sólo José Yuraszeck intentó llegar más lejos, con una audaz operación sobre el principal holding energético de España. Y de hecho Yuraszeck fue detenido por sus pares, aunque resulte de igual modo cierto que sus prácticas traspasaban los límites de una comunidad necesariamente pudorosa a la hora de diferenciar propiedades de administraciones.

Como quiera que se juzgue ese caso, es sin duda el último de una megalomanía generacional que resultó más declamatoria que real. Su declinación no coincide, sino que se imbrica con el comienzo de la crisis a fines de los 90; y ambas cosas se reúnen con la globalización que ninguna de las dos generaciones empresariales ha podido encajar con comodidad. La irritación del oficialismo con ellos no es más que la tercera hebra en esa cuerda de pesadumbre.

Adicionalmente, el gobierno de Lagos no dispone ya de la herramienta de las privatizaciones. Aun si se calcula que las empresas que actualmente quedan en manos del Estado podrían ser transferidas a precios mejores que las de los 80, sus magnitudes y su capacidad de irradiación sobre la actividad económica son indiscutiblemente inferiores: ya no es un problema de precio, sino de impacto.

¿De qué dispone entonces? Por ahora sólo ha exhibido reproches, una conciencia algo tardía de que la crisis podría tener alcances más vastos que los del puro desempleo y, en el último Mensaje Presidencial, un conjunto de herramientas que, aun siendo necesarias, mantienen un sesgo tradicional. No ha adoptado una definición sobre los recursos con que podría recuperar un impulso de crecimiento de mayor cuantía; no se ha propuesto una transformación de fondo que pueda siquiera parecerse a la de los 80. Este vacío estratégico explica mucho de lo que le ocurre.

“¿Cuál es la verdad? ¿El país que maravilla por sus éxitos o el país lleno de espejismos?”

Eduardo Frei Ruiz-Tagle, 1995¹⁴

La matriz ejecutiva del gobierno de Lagos es reformista, no estructural. Un “programa”, en su lenguaje, es un conjunto de reformas y correcciones sectoriales orientadas hacia la equidad social. Quizás sea inoficioso interrogar al eslogan por su base ¿es posible el crecimiento “con igualdad”; no

14 Mensaje al Congreso Pleno, 21 de mayo de 1995.

podría tratarse de conceptos antitéticos? El dato seguro es que la crisis ha hecho naufragar muchos de esos proyectos reformistas, y probablemente siga haciéndolo, más allá de los deseos y de las intenciones. Pero lo que quizás es peor es que los ha vaciado de contenidos; no hay quien pueda creer ahora que con ellos se vaya a llegar al desarrollo el 2010.

Pero lo más importante, a mi juicio, es que no ha llegado ni siquiera a imaginar si acaso podría convertirse en un gobierno que indujese una nueva transformación en la sociedad *a partir* de la crisis, y no sólo en contra de ella.

Para esto sería preciso entender el hecho recesivo, y su consecuente ciclo de pesimismo, como una oportunidad, y no sólo como un obstáculo. Si lo que predomina es este último enfoque, inevitablemente los énfasis serán puestos en nuevas y crecientes intervenciones del Estado, y en las reglas, exigencias y conductas normativas que empujan en la dirección de superar el problema de coyuntura.

Si, en cambio, la crisis es considerada como una oportunidad, entonces el énfasis recaerá, más temprano que tarde, en los incentivos, los estímulos y las conductas imaginarias que podrían desatarse en el corto y mediano plazo. Algo de esto está también presente en el Mensaje del 21 de mayo, aunque el texto no permite deducir que el gobierno ha encontrado los mecanismos para movilizar la oportunidad.

La meta del Presidente Lagos supone que el PIB crezca a un ritmo cercano al 10% promedio en todo su gobierno. Esto es un poco menos de lo que se logró en los mejores años de los 90 (1992 y 1997), bastante más que el promedio de esa década y mucho más de lo que se ha previsto para el comienzo del siglo. Por lo tanto, el problema de la magnitud y la velocidad del crecimiento no es en absoluto accesorio, ni puede ser sustituido por otros elementos, tales como la estabilidad política, el avance de la reconciliación, el aumento de la equidad social o un ritmo más prudente y conservador en la creación de riqueza.

Quizás se puede decir, siguiendo las lecciones de encrucijadas anteriores, que para transformar la crisis en oportunidad, el gobierno necesita cumplir tres condiciones básicas: señales claras; dirección estratégica coherente con el sentido histórico de lo que ha hecho la coalición que lo sustenta; y propuestas de alcance realmente transformador, es decir, revolucionario. De todo esto, sólo lo primero ha comenzado a configurarse a partir, digamos, de los anuncios de reforma al mercado de capitales del ministro Eyzaguirre.

El resto es aún una carencia. Hay poderosas razones de carácter nacional para ocupar pronto este peligroso déficit.

Pero si necesita de más urgentes razones políticas, el gobierno de Lagos tiene al menos dos. La primera es de carácter electoral. Los estudios electorales más serios, como los de Leseigneur y Martinovic, demuestran que la peor erosión de la Concertación ocurre entre los jóvenes (y “adultos jóvenes”). De no quebrar la tendencia del último decenio, el oficialismo podría sufrir la derrota más dura: la que le infligirían las nuevas generaciones. El hecho de que es en estos segmentos donde las expectativas resultan más cruciales demuestra la centralidad de este problema.

La segunda razón es de tipo estructural. La Concertación ha vivido quejándose del ideologismo de la clase empresarial, de su endémica y a veces fanática identificación con la derecha. Ahora se enfrenta, de un lado, a su previsible desconfianza, y, del otro, a una situación inédita: una generación desplazada –la tradicional– y otra –la de los 80, la que ha servido de motor y combustible a la UDI– en un estado intermedio entre la modorra y la espera. Los síntomas de cansancio de esta última no son visibles sólo en sus “jubilaciones” anticipadas, sino, en forma mucho más aguda, en la política de no-confrontación encabezada por el líder de la oposición, una forma sutil de sentarse “en la puerta de la tienda”. Esa política detectó, a tiempo y con acierto, que el ideologismo, tanto el apriorístico como el reactivo, tiene ya muy poco poder de estimulación y que no conquista más que la imaginación de las minorías exageradamente voluntaristas.

Se está, por tanto, a las puertas de un gran vacío histórico, de aquellos que se producen cada mucho tiempo. No es un vacío político, sino principalmente productivo y empresarial. Mientras decae la generación que encabezó el impulso del crecimiento en la segunda mitad de los 80, todavía no se divisa la “tercera ola” que debería generar un nuevo despegue.

Aunque el gobierno no es el llamado a ocupar esas funciones, parece evidente que dispone, ahora como en esos años, de los instrumentos para modelar a una nueva clase de emprendedores liberada del ideologismo que ha caracterizado a las anteriores. Para ello tendría que abandonar, por supuesto, algunas de sus propias rémoras ideológicas, que se hacen más pesadas en épocas de crisis. Los ejemplos mundiales sobran, pero puede ser suficiente con recordar el caso de la España post-franquista. Un vacío histórico es también lo que algunos llaman oportunidad.

ÍNDICE DE PERCEPCIÓN ECONÓMICA (IPEC)

Período 1981-2001

